

Número suelto 10 céntimos.

EL DILUVIO

SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Logroño, un mes,	0'35 céntimos.
" trimestre,	1'00 " "
" año,	4 pesetas.
Fuera, trimestre,	1 " "
pago adelantado,	1 " "
Anuncios desde	0'30 en adelante

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

PUNTO DE SUSCRIPCIÓN.

En el establecimiento tipográfico librería y objetos de escritorio de D. Ricardo M. Merino, Portales, 76.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director.

Número suelto 10 céntimos

LA DEFENSA DE GÁRDENAS.



Tropas y voluntarios aprestándose á la defensa frente á la casa cuartel.

¡CLAVELES!

Lo que voy á contar es idilio, historia, sainete ó tragedia, cuyo escenario es el típico Madrid de las mayas y galanes, manolas y chisperos, chulas y matones.

Antoñita, como dice Echegaray,

era una chiquilla hermosa
de esas que gastan pañuelo,
con ojos color de cielo
y cara color de rosa.

Honrada á carta cabal, trabajadora como ninguna y con un corazón del tamaño de la cúpula de San Francisco el Grande.

Al regresar una tarde del taller la hermosa madrileña en dirección á su casa, sita en la calle de la Paloma, fué arrollada por un rippert de los que bajan por la calle de Toledo.

Antoñita lanzó un grito terrible; un joven oficial de caballería arrojóse resueltamente entre las varas de la limonera y mientras el mayoral contenía las mulas y apretaba el torno con nervioso esfuerzo, rodó por la cuesta teniendo entre sus brazos á la joven y realizando uno de esos salvamentos que pueden llamarse milagrosos.

Mauricio, (que así se llamaba el valiente oficial), después de prodigar á la muchacha los primeros cuidados con el auxilio del farmacéutico más próximo al lugar del suceso, acompañóla á su casa, volviendo á visitarla en los días subsiguientes.

Ocurrió lo que no podía menos de suceder; esto es, que el agradecimiento, la simpatía, la juventud y el maleficio que abunda allí donde la castidad constituye la única defensa, fueron otros tantos auxiliares que sirvieron de acompañamiento para el dúo de amor entre el Fausto, con uniforme de húsares, y la Margarita de los barrios bajos madrileños.

—Te quiero más que á mi vida, Mauricio.

—He de ser tuyo hasta la muerte, Antoñita.

—¿No me abandonarás nunca, Mauricio de mi vida?

—¡Serás siempre mi vida, mi encanto, mi amor... mi mujer-cital

.....
Y como en el poema de Goethe, el genio del mal lanzó la consabida carcajada.

* * *

Antoñita empezó á desmejorar ostensiblemente; las visitas de Mauricio iban adquiriendo soluciones de continuidad aterradoras.

Cuando cayó por fin la venda de los ojos de la mujer engañada, logró á duras penas una entrevista de su amante para aclarar la situación á todo trance.

He aquí el diálogo ajustado al patrón de las circunstancias:

—Eres un ingrato y un mal caballero.

—Nada de frases gordas que son inoportunas.

—Para tí lo serán por que olvidas tus juramentos.

—¡Mis juramentos!

—Sí, tus juramentos que ahora debes cumplir, por que muy pronto me será imposible ocultar mi deshonra.

—¿Pero es que tú creías que conjugando el verbo amar salían claveles?

—¡Miserable!...

Y al decir esta palabra, desapareció Antoñita de la vista de Mauricio.

* * *

Al día siguiente se presentaba el juez de guardia en el domicilio de D. Mauricio de R..., primer Teniente de Húsares de la Princesa.

—Caballero;—dijo el magistrado:—vengo á cumplir un deber muy penoso.

—Usted, dirá;—contestó el Teniente.

—Anteayer se ha suicidado en la calle de la Paloma una joven llamada Antonia G... En carta que dejó destinada al juez de guardia, ruega que sea entregada á V. esta otra y este mazo de claveles que rodeaban su cabeza cuando exhaló el último suspiro. He cumplido mi deber... y beso á V. la mano, caballero.

Retiróse el Juez de guardia, y Mauricio rompió maquinalmente el sobre de la carta que aquél había dejado sobre la mesa.

El joven oficial leyó lo siguiente:

«Mauricio de mi alma: Muero queriéndote pero recordándote el juramento que me hiciste de ser mío hasta la muerte. Guarda los claveles que me han hecho compañía hasta el último instante y que te llevarán el perfume de mi último beso.

»Adiós; te espera en el cielo tu mujercita,

»Antonia.»

.....
Dos días después, Mauricio se presentaba en el Ministerio de la Guerra, pidiendo marchar á Cuba en calidad de voluntario. Su petición fué atendida sin demora, y al cabo de tres semanas desembarcaba en la Habana siendo destinado al ejército de operaciones.

* * *

En uno de los primeros días del mes de Junio de 1897, la columna mandada por el General S... había atacado las posiciones ocupadas en las inmediaciones de la sierra de Cubitas por una numerosa partida insurrecta.

Situados en una loma baja unos cuantos tiradores mambises, no dejaban avanzar á nuestros soldados haciendo un fuego terrible.

—Teniente R...;—exclamó el General:—Cargue V. con su sección y arroje de allí á esos condenados.

—Está bien, mi General;—contestó Mauricio.

Y dando las voces de mando correspondientes, cargó briosamente sobre el enemigo.

El choque fué formidable; por espacio de algunos minutos no se vió otra cosa que una masa de hombres y caballos revolviéndose furiosamente y de la que partían alaridos de cólera y gritos de agonía.

El campo quedó por nuestro, y al ser ocupada la loma por el grueso de la columna, mientras que batía el enemigo en retirada, procedióse á auxiliar á los heridos y administrar á los moribundos.

Uno de los que yacían en el suelo, era el Teniente Mauricio de R..., héroe de la jornada.

El médico desabrochó la guerrera y rasgando la camisa, vió que tenía en el pecho dos balazos; uno de ellos le había atravesado el corazón y la muerte debió ser instantánea.

La mano del médico tropezó con un objeto que llevaba Mauricio colgado del cuello entre la camiseta y la carne. Era un paquete formado por una cartera de tela de seda impermeable, que al abrirse, dejó escapar unas flores marchitas.

—¡Claveles!—exclamó el médico al tocarlos con sus manos manchadas aún con la sangre de Mauricio.

Y á la exclamación del médico militar, respondió el lejano grito de los soldados que acuchillaban al enemigo, gritando: ¡Viva España!

Mis-Teriosa.



El comodoro DEWEY.

EL CÉLEBRE ESTADISTA INGLÉS GLADSTONE



En la Cámara.



Pronunciando un discurso.

¡ADIÓS!

Si este es el tesoro
que la corte encierra,
me marcho á mi pueblo,
me voy de *Madri*;
que en aquel lejano
puñito de tierra,
están la alegría
y el mundo *pa* mí.
Me canso y me aturdo
de ver tanto coche
que va caminando
por la población,
y son las farolas
que encienden de noche,
de la luz del día
torpe imitación.
Las calles *mu* largas,
el suelo *mu* liso,
las casas de altura
tan *exagerá*,
que de los balcones
del último piso
se mira *pa* abajo
y no se ve *ná*.
Un montón de gente
allá en la Pradera
y un polvo tan grande
que casi me ahogó;
unos *puestos*, *puestos*
de mala manera
y *aluego* un columpio
que me mareó.
Me extrañan los gorros
de las señoritas,
unos chiquitines
que apenas se ven,
y otros tan enormes,
que si son bonitas
hay que *arroillarse*
pa mirarlas bien.
Un tipo *mu* raro
con traje de chico,
algún coche roto
quiso aprovechar;
dos ruedas *si* guidas

tomó por borrico
y *montao* en ellas
salió á pasear.
Me aburrió el *tiatro*
porque de mi asiento,
á los comediantes
tan lejanos vi,
que en *toa* la noche
no pude un momento
comprender el lío
que se armaba allí.
Un señor, con una
varita *mu* corta,
á los *tocaores*
que son más de cien,
paice que les dice:
«Le pego una *torta*
al que el *estrumiento*
no maneje bien.»
Dan en los *cafeses*
para refrescarse
un pico *mu* alto
que no sabe á *ná*;
drento de la copa
no *pué* colocarse
y se queda fuera
más de la *metá*.
No me ha *dao* asombro
nengún *menumento*,
aunque es el Palacio
cosa de valor,
que en mi pueblo hay casa
del Ayuntamiento
y á mí me resulta
bastante mejor.
Si este es el tesoro
que la corte encierra,
¡adiós! ya no quiero
volver á *Madri*;
que en aquel lejano
puñito de tierra
están la alegría
y el mundo *pa* mí.

R. Taboada Steger.

Neurosis

Tú sueñas mucho con ilusiones
que nunca llegan, que se malogran,
y en cualquier hombre ves un amante
que no conservas un cuarto de hora.
Amor, riquezas y poderío
todo lo quieres y lo ambicionas,
y eres esclava de tus pasiones
que te torturan con fiebre loca.
Eres voluble como la dicha
y eres mudable como las olas,
y á nadie inspiras más que deseos
y estos cumplidos nadie te nombra.
Por todo sufres, todo te exalta,
por nada ríes, por nada lloras;
eres enferma que no se cura,
pobre aturdida, pobre neurótica.

Luis González Cando.

QUISICOSAS

Mi amigo Antonio Peláez
que es un espada muy malo,
como no torea nunca
está el pobre sin un cuarto.
Y al preguntar de qué vive,
dicen los que le trataron:
Desde que no da estocadas
se dedica á dar sablazos.

* * *

Sobresaliente ha salido
en los exámenes Prieto,
y asombrado de la nota
que no esperaba y le dieron,
demostraba su extrañeza
de este modo á un compañero:
—Al darme *sobresaliente*,
chico, me quedé *suspenso*.

Adolfo Sánchez Carrere,

DORMITANDO

Era una tarde de Mayo, en esa hora en que la luz y las sombras luchan imperceptiblemente, para triunfar una de otra, en la inflexible ley impuesta y observada escrupulosamente por la naturaleza.

Alií entre los follages del perfumado bosque, se divisaba la silueta de un ser esbelto; lijero, vaporoso.

La curiosidad es siempre atraída por lo desconocido, como la electricidad por la punta del diamante; así es que no tuve un instante de vacilación y con pie firme me dirigí al sitio en que vagara el objeto.

Era sin dudarle una mujer.

Blanca era la moteada gasa que cubría su faz; blanco su rostro como nieve alongada en el profundo valle; blancas las flores que adornaban su sombrero blanco; blanco como las espumas de las olas, su hondulante vestido; blancas sus manos, blanco su ser, blanco cuanto le rodeara entre la incierta luz; blanca debiera ser su alma y su nombre.... Blanca.

Ante tanta blancura, ante tan fastinadora pureza, ante nada tan blanco, quedé admirado.

Tomé flores blancas del pensil ameno, entreguélas en las blancas manos de tan blanca ninfa y con sentimiento como la pureza blanco, os amo dije, al rozar con los pliegues de su vestido blanco..

Pero el Hada esbelta de singular blancura, la protectora soy, dijo, de los afectos y pensamientos blancos.

Los hombres tenéis sombras materiales en los cerebros, obscuridades veleidosas en las almas y solo corresponderé á los efectos límpidos blancos y puros, del hombre que tenga un fondo, un fondo, un pensamiento, un espíritu blanco.

Tendió la noche sus sombras, negros nubarrones empañaron el horizonte, cedió la luz á la obscuridad y Blanca desapareció.

Al despuntar el sol naciente entre los céfiro de nacaradas y albas nubes, derramando un rayo de luz purísima, despierto ya, y buscando el objeto de tan ideal visión, fijos los ojos en la celeste bóveda, sólo pude decir, ¿Dónde está Blanca...?

Luis Ripa y Eguiluz.

Viana Mayo 1898.

VISLUMBRES

Comparo tus movimientos á los del mar, niña bella; desde la playa me encantan y *embarcado*....me marean.

Con esa mantilla negra pareces la Dolorosa, y eres el propio Luzbel..... ¡mira lo que hace la ropa!

No me vengas con sonrisas, ni con miradas amantes, que por mí ya puedes irte con la música á otra parte.

Digo cada vez que paso y que te veo en la reja ¡para que habrá Dios criado, á mujeres tan coquetas!

¿Por qué, dime, te han salido, morena más que morena, por qué, dime, te han salido esas hermosas ojeras?

L. Martínez Pineda.

REALIDAD.

Florinda, niña gentil, tan bella como hechicera salta con gracia infantil, do hermosas galas cubriera.

Para gozar suave olor marcha buscando una flor; linda, fresca y olorosa, fijándose en una rosa del vergel encantador.

Llena exclama de placer: —Es esta rosa divina la mejor que puede haber... ¡más fué la rosa á coger! y la hirió inclemente espina.

Tristes clamores lanzando, mientras la espina ruin la está con fuerza punzando, de su inhumano jardín huye veloz exclamando.

¡Cielos! ignoraba yó, ¡que es la hermosura engañosa! ¡No quiero más flores, nó! Por coger la más hermosa... espina cruda me hirió.

Discreta la niña Luisa que cerca estaba de allí, repetía para sí desprendiendo una sonrisa, ¡en daño ajeno aprendí!

Ansiando gratos olores, también ella, entre las flores, quiere coger una flor

y de todas las peores se dirige á la peor.

La cogeré, con presteza exclama, yo en el vergel prefiero á beldad pureza: si no hay en la flor belleza tampoco espina cruel.

Las flores no han de lograr; no por cierto que me rinda, á la más lozana y linda si el cogeria me ha de estar tan caro como á Florinda.

Y como sabia experiencia en la rosa la enseñó cuanto engaña la apariencia... con detención y prudencia las flores examinó.

Nosotros si no queremos padecer los sinsabores de infortunados amores, la mujer examinemos como Luisita las flores.

No vayamos á escoger sin examen la mujer, más jóven, rica ó hermosa, porque pudiera esconder espinas como la rosa.

A muchos hombres hallamos que se engañaron así: una estudiada escogamos y como Luisa digamos: ¡en daño ajeno aprendí!

Casimiro Servat.

Para los Valientes.

En prado florido de verde esmaltado cuajado de flores, de la vista halago, surca un arroyuelo que vá murmurando, entre yerbecillas que hay en el prado.

Flagante el aroma allí es exhalado, y dulces los trinos que canta el canario.

El sol cuando nace mandando los rayos por entre los árboles, aclara el espacio.

Se vé á una joven gallarda, que andando, recoge las flores y las va guardando.

Con ellas guirnaldas va confeccionando para colocarlas en nuestros soldados.

B. Anguiano



LA DEFENSA DE CÁRDENAS

Al mismo tiempo que era atacado Cienfuegos por buques yanquis, ocurría lo mismo en Cárdenas con los que bloqueaban la población.

A medio día entraron por el canal de Cayo Aralupa, logrando fondear un barco de gran porte á una milla de los muelles.

Una compañía de infantería de marina, los voluntarios y los bomberos movilizados de la plaza, se aprestaron á la defensa rechazando con nutridas descargas de fusilería numerosos botes que llevaban fuerzas de desembarco.

Mientras tanto cooperaban á la defensa de modo heroico, tres pequeños cañoneros (el *Ligero*, el *Antonio López* y otro), causando averías de grande importancia en los buques americanos *Hudson* y *Winslow*, que les obligaron á retirarse en vergonzosa huida.

En este combate los americanos pudieron convencerse de la puntería de nuestros artilleros y nuestros soldados, de la que se mofaban por que la desconocían.



D. José M. Gorordo.



D. M. Agustín.



D. M. Deschamps.

EL PACTO

Casi monólogo, irrepresentable, pero sí representado con gran éxito en algunas casas aristocráticas.

PERSONAJES

EL MARQUÉS DE MONTEFRÍO.—LUCÍA, SU ESPOSA

Gabinete lujosamente amueblado; Lucía, que ha cambiado sus galas de sarao por una elegante bata, y ha dejado caer sobre su espalda la soberbia mata de pelo rubio que momentos antes, y artísticamente recogida, formaba su tocado, aparece en actitud pensativa sentada en un confidente.

Suenan leves golpes en la puerta, y la de Montefrío sacude su cabellera como leona que se apresta á la lucha.

LUCÍA.—Adelante.

Entra el marqués vestido de etiqueta, con varias condecoraciones pendientes de una cadenita de oro sujeta al ojal del frac, y monóculo. Es el tipo del diplomático, con su actitud ceremoniosa y su frialdad característica.

LUCÍA.—Verdaderamente me causa horror que aquel que se llama mi marido tenga el deber, para traspasar los umbrales de mis habitaciones, que enviarme recado anticipadamente y pedir permiso desde la puerta; pero lo habéis querido... Sentáos.

Montefrío hace una respetuosa inclinación, se sienta y permanece mudo.

LUCÍA (*después de una pausa, esperando á que su esposo empiece á hablar.*) Tales apremios para verme esta misma noche, y una vez aquí permanecer silencioso, no me lo explico. Si mi conciencia me acusase de haber faltado á mi honradez, no á vuestro nombre, que me habéis vendido, estaría intranquila. No sucede así; el juez soy yo, el reo lo sois vos. Os creíais, acaso, con derecho á acusar, y oiréis, mal que os pese, la acusación más ignominiosa que hombre alguno, por villano que haya sido, pudo oír de labios humanos.

No os he buscado, habéis venido vos á truncar mi existencia que se deslizaba plácida y tranquila en un hermoso rincón de apartada provincia; la relación de vuestros títulos nobiliarios y de vuestros triunfos en la carrera diplomática no me causó ni frío ni calor, ni mi vanidad de mujer se vió siquiera halagada; vuestra persona me fué indiferente, vuestra fisonomía moral me causa horror y me inspiró un odio perdurable hacia vos, por que para alcanzar el capital que constituía mi dote á fin de poder lucir y medrar, pusisteis término á sabiendas al idilio de dos almas nacidas la una para la otra.

Mis padres no vieron esto; mis padres, cegados por vuestros oropeles, no supieron apreciar la distancia enorme que existe entre vos y Pedro, el antiguo estudiante, y hoy el hombre de moda en este Madrid vanidoso y sin entrañas.

Me redujeron á la obediencia y me casaron.

Fuí sincera con vos, no os he ocultado nada y os he pedido á cambio de mi consentimiento forzoso el respeto absoluto á mi persona y la libertad de mi corazón, cosas ambas que en nada estimasteis jamás, por fortuna mía; en público sería vuestra esposa, pero aquí, en casa, serías para mí la persona más indiferente, ya que no la más odiosa.

El día mismo de la boda, aquel día que recuerdo con lágrimas, reclamé al volver de la iglesia el cumplimiento del pacto, y sin preocuparme de vuestra persona fuí á regar mis pobres flores y á cuidar mis hermosos pájaros. ¿Recordáis?

El marido de Lucía asiente con un movimiento de cabeza.

LUCÍA.—Desde entonces, nada me hizo recordaros nuestro pacto, ni he dado motivo á que me recordarais vuestra súplica de evitaros el ridículo, no unos celos que no podéis sentir por que nunca me amasteis. Dedicado á vuestros afanes de diplomático, ni siquiera guardasteis para mí la más ligera atención.

He ido con vos á bailes y recepciones, no por el qué dirán de gentes estúpidas, sino por que la etiqueta, de la que sois esclavos los diplomáticos, así lo demandaba.

Supe que á la sombra de mi fortuna os permitís el lujo de sostener á algunas infelices por exigirlo así vuestro rango, como pudiera exigir el tener dos troncos más en nuestras caba-

llerizas, y no abrí la boca para quejarme de que dilapidabais mi dote; respecto á mi decoro y á mi amor propio, no sintió ni padeció por ello.

Pero llegó á Madrid el oscuro estudiante de mi pueblo, hoy hombre de talento por todos reconocido, diputado de fogosa elocuencia, político de porvenir, y me obligasteis por vuestras intemperancias á recordaros el pacto entre nosotros establecido.

Esta misma noche, impulsado, sin duda, por los maridos de algunas damas que estaban en el baile, envidiosos de que Pedro no corteje á sus mujeres, habéis estado insoportable, y gracias al domipio que aún conservo sobre Pedro, no hay á estas horas un lance pendiente.

Lo he podido evitar hoy, vos lo sabéis, no porque Pedro sea un cobarde; por eso mismo lo podrá haber mañana, y eso quiero, evitarlo; por que yo no podría sufrir que Pedro, por ridiculesces y suspicacias vuestras, exponga su vida.

Dice el pobre, y dice bien, que mi falta de valor le ha destruído todas sus ilusiones, y sin embargo no deja de amar en mí á un ideal, por que, conociéndome como me conoce, no es tan grosero que aspire á hacerme suya mientras viváis.

No voy á ser yo quien consienta que ahora se le precipite á ese lance. Bastante culpable he sido por mi debilidad.

Quiero y exijo vuestra palabra de que nunca le provocaréis; yo os evitaré el ridículo en cambio.

Pero si me engaáis, si tratáis de desorientarme, peor será para vos el resultado. El ridículo, ya que tanto lo teméis, será vuestro castigo, vivo ó muerto, por que de morir Pedro me separaré de vos con escándalo para ir á llorar todos los días sobre su tumba, y si el muerto sois vos no esperaré más que el tiempo preciso para unirme á él y disfrutar de una felicidad que me habéis robado.

Decidme, pues, si me dais vuestra palabra.

El marqués pierde por breves momentos su tranquilidad, la máscara de indiferencia que cubre su rostro desaparece, deja de jugar con la cinta del monóculo, muerde nerviosamente el bigote, y, al fin, después de alguna vacilación, inclina la cabeza en señal de asentimiento.

LUCÍA.—Buenas noches, marqués.

Montefrío se levanta, saluda con la ceremoniosa frialdad que al entrar y se retira sin despegar los labios.

LUCÍA (*dejándose vencer por la pesadumbre, una vez que se encuentra sola.*)—¡Dios mío, cuánto valor se necesita para queer de veras á un hombre.

Y cae desvanecida, rodando su cuerpo por la blanca alfombra del lujoso gabinete.

TELÓN.

Víctor Velasco García.



«Lo del día».—Los «barcos máscaras».—Los tratadistas y la gente de mar.—Prudencia... y mala intención.—¿Me conoces?—Sin y con bandera ajena.—El pabellón «no» cubre la mercancía.—Lo que es el disfraz.—Los ingleses.—Telas y empalmes.—Lo que hay debajo. Las luces.—¿Lo que hacía falta!

Hoy, en que tanto se habla de barcos y en que el porvenir de dos naciones se ventila en el Atlántico, y en que los buques de uno y otro Estado procuran por cuantos medios tienen á su alcance ocultar á la escuadra enemiga sus movimientos, vuelve á ser de gran actualidad lo que se llaman los buques máscaras y los barcos disfrazados.

Mucho se ha hablado de esta cuestión en congresos y conferencias internacionales, pero el hecho es, que, acerca de ellos no existen como sobre otros asuntos, el curso, por ejemplo, acuerdos terminantes y concretos.

Por otra parte, aun cuando la opinión general de los trata-

distas es opuesta en absoluto á que los buques se disfracen, el hecho es que los marinos, casi todos ellos admiten como legal, en muchos casos, los barcos máscaras. Y es que los navegantes, especialmente los marinos de las escuadras de guerra, saben perfectamente los inmensos peligros á que está sujeto un buque de una de las naciones beligerantes, cuando otros varios, superiores en calado y condiciones, pueden, sabiendo donde se encuentra, apresarle ó darle alcance si se vislumbra en el horizonte, destacando sobre él, en la seguridad de no errar el golpe, numerosas naves.

Los marinos experimentados, incluso los capitanes y todos los que ejercen mando en los buques mercantes, conocen perfectamente los principales barcos de todas las naciones, sobre todo aquellos que son el tipo característico de una clase determinada de embarcaciones.

Ahora bien, como conocido el nombre del barco, á bordo tiene el que le ha visto datos completos de su dotación, armamento, etc.; dicho se está que el buque primero, descubierto ante la otra flota que puede atacarle fiada en su superioridad, queda á merced de ésta.

De ahí la ventaja de los disfraces. Se dirá que para eso, basta con ocultar el pabellón ó cambiar la bandera del buque, como descaradamente han hecho estos días algunos barcos de guerra norteamericanos, pero á eso puede contestarse, que, en el primer caso, cualquier otro barco que lo encuentre, puede, por que á ello tiene derecho, pedirle mostrar la bandera y hasta cañonearle si se niega á hacerlo y que la bandera no suele pedírsele nunca á un barco al que ya se ha conocido por su aspecto. Entre dos barcos, como entre dos personas que ya se han conocido bien, no cabe que se interroguen preguntándose por sus nombres.

Respecto al segundo caso, el de llevar distinta bandera de la suya, dicho se está que esto es menos legal y mucho más vituperable que el disfrazar el barco, sin necesidad de izar bandera alguna.

En casos de guerra naval, los buques máscaras han producido siempre excelente resultado, y como ardid bélico, dado que lo mismo pueden recurrir á él unos que otros barcos beligerantes, nos parece legal y hasta conveniente.

¿Cómo se disfraza un buque? Pues es la cosa más sencilla, y los ingleses, que en esto han llegado á una gran perfección, lo han realizado con mucho arte y mucha rapidez en sus guerras marítimas.

Consiste, en efecto, en dar á un barco la apariencia exterior de otro, para que visto á larga distancia, no parezca el que es, y sí el que suplanta.

Así, conforme á este objeto, se recubren las bandas ó los costados del buque con amplios lienzos, bajo los cuales pueden ir ocultos cañones, ventanales, etc., y el blindaje; estos lienzos pintados como el telón de un teatro y recubiertos por una mano de barniz impermeable, cambian por completo el aspecto de las bandas desde la línea de flotación á arriba. Ya en la cubierta pueden construirse con bastidores como los de los teatros también, puentes, torrecillas, añadirse chimeneas de zinc ó de hoja de lata, escaleras, etc.; ocultar la artillería gruesa y las planchas protectoras.

En este punto se ha llegado hasta el extremo de añadir á un barco un palo más, ó colocarle dos ó tres palos á un vapor que carecía de ellos. Dicho se está, que las luces se han modificado también.

Otras veces se ha alargado un mastil empalmándole listones á propósito, se ha dado mayor altura de la que en realidad tenían á las chimeneas, se las ha recubierto con telas que les daban la apariencia de estar pintadas de otro color, se han levantado toldillas, se han simulado casetas y máquinas y se ha fingido velamen, bauprés, etc.

Tales son los *buques máscaras* que tanto han dificultado otras veces, el que una escuadra haya sabido los movimientos de otra.

Hoy, que sepamos, en la guerra actual, aún no se han empleado, pero, crea el lector que contra las infamias *yanquis*, la lealtad y la hidalguía son perjudiciales. No estaría mal que un

buque norteamericano dejara acercársele al que él creyera inofensivo y le diera que sentir á pesar del alcance de sus cañones. Contra la piratería á distancia, el abordaje cuerpo á cuerpo.

Doctor Traveller.

MODAS

Esta sección está á cargo de la elegante revista *La Ultima Moda*.



Traje para paseo — De linón malva con viso de tafetán de seda del mismo color. Falda fruncida, guarnecida con un delantero sobrepuesto de faya malva bordado de aplicaciones de encaje crema. Cuerpo blusa cubierto, en parte, por un segundo cuerpo escotado, haciendo juego con el delantero de la falda. Mangas fruncidas. Sombrero de paja malva, adornado con flores y plumas del mismo color. Tela necesaria para el traje: 15 metros de linón, 12 de tafetán de seda y tres de faya.

La Ultima Moda.— Aparece todos los domingos, publica tres ediciones. Con la primera reparte al año 26 figurines iluminados, 26 hojas de patrones, 144 planchas de dibujos, 12 hojas de labores, 4 de modelos de lencería y 26 suplementos artísticos-literarios. Con la segunda edición reparte 52 patrones cortados, 144 planchas de dibujo, 12 hojas de labores artísticas y 4 de lencería. El precio de la primera ó de la segunda edición es 3 pesetas trimestre, 6 semestre y 12 año. Número corriente, 25 céntimos; atrasado, 50.

Con la edición completa se reparten 52 figurines acuarelas, 52 patrones cortados, 26 hojas de patrones, 12 de labores artísticas, 4 de lencería, 144 planchas de dibujos para bordar y 4 cromos de labores femeniles. El precio de esta edición es: trimestre, 5 pesetas; semestre, 10; año, 20. Número corriente, 40 céntimos, atrasado, 80. Las suscripciones por número pueden empezarse en cualquier época del año; las que se hagan por trimestres, semestres ó años, comienzan en principios de mes. Oficinas de *La Ultima Moda*: calle de Velázquez, 56, hotel. Madrid.

SEMBLANZAS.

ELLAS.

Entre las buenas pollitas que cuenta esta Capital, se encuentran dos tan bonitas que valen cualquier caudal.

Una, en la calle más larga debe tener su mansión en los números impares hacia la Delegación.

Tiene un perfil tan hermoso y unos lunares tan bellos, que la admiro cuantas veces por el paseo la veo.

Cuenta sobre 15 abriles y enamorada se encuentra, de un pollito que aunque joven atesora vasta ciencia y que voy á semblancear sin su permiso ni anuencia.

La otra, es una rubia con gusto para vestir, y el barbián que la acompaña al Rey pronto ha de servir.

Tiene una hermana lindísima con oficio de modista, que es muy probable se enlase con un joven periodista.

Dicen, es chica de suerte por las victorias que alcanza, ¡que consiga una de bienes para el que hace su semblanza!

EL

Con tupé peinado, nariz regular, mediana estatura buen chico y formal.

Luciendo sus aires, su gracia y su andar, pasea en Portales antes de cenar.

Escribe en «La Voz», maestro ya lo es provisto de título muy pronto hará el mes.

Hace articulitos con sombra y con sal, y dibuja al lapiz casi al natural.

Junto á los cuarteles y á las factorías en un entresuelo hace alegorías.

FORESTAL.

HUMORADAS.

Cuando te dije adios, decir quería que amar sin esperanza es... tontería.

Los hombres en amor todos iguales, por buscar el placer, buscan los males.

Te ví, te amé, surgió el deseo, no tuve libertad para quererte,

me tomaste por tonto según veo, y cumplí mi deber, de aborrecerte.

Si supieras Dolores cuanto enseñan los amigos, las bellas y los años, bien podías decir que nos desdeñan al tocar sus terribles desengaños.

Dices yanki...? Pues calla, que recuerdo y solo San Antón, protege al cerdo.

Litigué con Elisa y al momento el Juez me condenó, al remordimiento.

L. R. y E.

SUEÑO.

SONETO.

Que feliz era yo cuando entregado en un sueño profundo que soñe todo dicha ilusión leuanto gocé disfrutando de aquel sueño adorado;

Lo que mi pensamiento ha deseado en un corto momento lo encontré con qué facilidad todo lo hallé liso, llano sencillo y descansado;

Cuando del sueño en su zenit estaba de aquella grande ilusión feliz gozando siendo realizar cuanto anhelaba... me desperté dudé, y quedé exclamando pensando sin saber lo que pensaba ¡qué hermoso, Dios mío, es vivir so-

(ñandol

Eulalio Galvo.

SECCIÓN RECREATIVA

PASATIEMPOS

(Enviados por JOTA)

JEROGLIFICO COMPRIMIDO.

T

LOGOGRIFO NUMÉRICO.

1 2 3 4 5	Arbusto
1 2 3 4	Nombre de mujer
3 4 5	En la cocina
5 4	Nota musical
1	Consonante

JEROGLIFICO

MUSICA Sa

Las soluciones en el número próximo.

Solución á los pasatiempos del número anterior.

Al Logogrifo.—CLARINETE.

Geroglíficos.—MARAÑÓN y FLORENTINA.

A la charada.—JAMÓN.

Servicios de El Diluvio

El nuevo combate de Santiago de Cuba. — En el Congreso.

El señor López Irastorza corre el rumor de que nuestros marinos han conseguido una victoria en Cuba.

El ministro de Ultramar: En efecto, es muy grato para mi confirmar el rumor, leyendo el telegrama que el gobierno ha recibido del general Blanco que amplian otros de que después dará cuenta mi compañero el de Marina.

Leyó el telegrama oficial.

El ministro de Marina leyó á su vez los otros despachos que también fueron aplaudidos.

Sin calificar este hecho de gran triunfo añadió significa un éxito verdadero para las armas españolas.

Dice que el almirante Cervera en persona recogió al oficial naufrago del buque echado á pique y que nuestros marinos salvaron de una muerte segura.

El entusiasmo de la Cámara fué indescriptible.

Más detalles

Los telegramas particulares añaden que la escuadra americana rompió el fuego á las tres de la mañana, durante el cañoneo hasta las once y media de la mañana. Que dejamos rebasar la primera línea de torpedos al «Mari-Mach» haciendo que explotase uno de ellos, cuando este buque se encontraba á distancia de 500 pies de la boca del puerto.

La explosión produjo la destrucción de la proa, que se sumergió instantáneamente, dejando solo ver en las aguas los tubos de las chimeneas y parte de la arboladura.

La tripulación se componía de voluntarios.

Añaden que Mac-Kinley de acuerdo con el consejo de ministros, ha ordenado urgentemente á Sampson para que destruya á cualquier precio á la flota de Cervera.

En Wasghinton, la derrota de los americanos ha producido sensación inmensa.

El pueblo arrebató de manos de los vendedores los extraordinarios de los periódicos.

Es grandísima la indignación de los americanos contra los marinos yankis.

El «Temerario»

Dicen de Nueva York que Mac-Kinley ha ordenado al representante yanki en el Uruguay, que si se encuentra allí el cañonero español «Temerario» extija su salida inmediata, á menos que sea desde luego desarmado.

Imp. y Lib. de Merino.—Logroño.